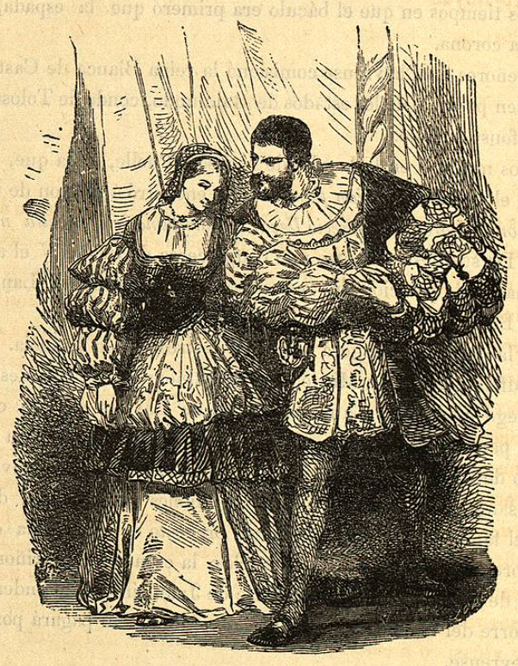
brilla una jóven: tiene diez y ocho años; su nombre es Ana de Pisseleu. *Es la mas bella de las sabias y la mas sabia de las bellas.* Clemente Marot será su favorito un dia. La ambicion la devora; ella se siente nacida para mandar. Francisco I la ve y la mira con admiracion, con amor. La distancia de querer à poder se vence muy pronto cuando uno se llama Francisco I.

Al dia siguiente se viste con los colores de su adorada, al inmediato le dice que la ama y, ocho dias despues, Ana de Pisseleu habia destronado á



la encantadora condesa de Châteaubriand. Su regio amante se ocupó bien pronto de su establecimiento. Ese era el uso. Le dió por esposo á Juan de Brosses, duque de Etampes, gobernador de Bretaña; y por regalo de boda el castillo de Chevreuse; que en favor de ella erigió en ducado.

Pero toda medalla tiene su reverso.

Francisco I murió y con él la fortuna de la duquesa de Etampes. Su castillo le fué tomado por Diana de Poitiers, favorita de Enrique II, quien lo dió al cardenal de Lorena.

María de Médicis, regente, lo erigió en ducado con dignidad de par, título que se estinguió à la muerte de Claudio de Lorena.

En 1692 el duque de Chevreuse (el segundo de los señores de Guisa llevaba este título) se lo cambió al rey por el condado de Montfort-l'-Amaury. Luis XIV lo donó à la comudidad de las señoras de San Luis, establecida en Saint-Cyr, bajo el patrocinio de la viuda del poeta tullido Scarron, muger de chusca memoria, convertida de aya de los bastardos reales en reina de Francia.

La época misma de la donacion del antiguo castillo de Chevreuse á la comunidad de las señoras de Saint-Cyr, nos lleva naturalmente á la abadía de Port-Royal.

III.

Despues de la fundacion de Port-Royal el paisage ha vuelto á cambiar de fisonomìa; es ménos salvage, pero tambien ménos poético. Por allí ha pasado el nivel de la civilizacion y se siente el frio del progreso. La mano del hombre ha abierto rutas en el corazon de aquellos profundos abismos de verdura que esparcian tanta frescura, silencio y sombra en ese pedazo de tierra amado de Dios. Algunas pobres aldeas, algunas villas de señorío hacen ruido y humo; baalan los carneros, mugen los bueyes, gritan los muchachos allí donde en otro tiempo no veiais mas que árboles; donde no oiais mas que el canto plañidero de la ave fria, el alegre del mirlo silbador, el arrullo de la tórtola y el gorgeo de los pardillos, de las alondras y de los ruiseñores. En lugar de los espinos blancos y de los agavanzos; de las madre selvas y de las retamas amarillas, de los hermosos brezos rosas y blancos y de las mil florecillas que tapizaban en otros tiempos con sus olorosos ramos las pendientes de aquellas laderas, veis hoy centenos, mielgas y viñas, en medio de las cuales se mecen tristemente sobre sus largos tallos verdes unas cuantas amapolas como para protestar contra la destruccion de sus hermanas destruidas por el arado. Tambien buscariais en vano la pequeña capilla que bañaba sus piés de piedra en las aguas azules del estanque testigo silencioso del sueño de Felipe Augusto. A dos pasos del lugar de que desaparecieron hasta sus ruinas, se ha levantado una maciza construccion sin carácter, sin elevacion ni elegancia, célebre ya sin embargo y presente á la memoria de la posteridad. Sobre la puerta de entrada hay una lápida de mármol negro; levantad los ojos y leeréis escritas con letras de oro estas cinco palabras: Port-Royal de los Campos.

Ese informe edificio es el monasterio fundado por Felipe Augusto. Sucesivamente se llamó Porrais ó Porrois, *Portus regis* y *Portus regius*. Doce religiosas cistercienses sujetas á la regla de San Bernardo tomaron posesion del monasterio en 1204. Siendo muy pobres fueron dotadas por Luis IX. Desde el año de 1229 gozaba su comunidad de importantes privilegios, entre otros el de celebrar el oficio divino aun cuando todo el pais padeciera entredicho, y el de recibir, á título de pensionistas, á seculares que no estuvieran ligadas con ningun voto. Manantial de riquezas este último derecho que les otorgó el papa Honorio III, lo fué tambien muy pronto de grandes desórdenes. Los lobos invadieron la pastoría.

Antes de pasar adelante en la historia de Port-Royal, penetrad conmigo por entre sus sombras. Es medio dia: los ardientes rayos del sol de Junio abrasan el campo: abrigadas las aves en lo mas espeso del follage que no agita el mas débil soplo de viento, callan ó duermen. A las espesas ramas de un encino cuyo tronco nudoso y robusto ha visto pasar mas de una generacion, ha llegado un jóven á pedir el *frigus opacum* del poeta. Se ha puesto el sombrero á los piés y se ha estendido sobre la yerba. Su porte es elegante sin afectacion, viste casaca encarnada de anchos faldones: la que ajusta, sin oprimirlo, su talle flecsible y ligero: lleva al cuello corbata blanca colocada sobre una golilla de encaje que se desprende de una chupa de seda color de naranja bordada de plata. Un nudo de cintas encarnadas cierra, abajo de la rodilla, sus calzones color de tabaco de España, y salen de estos segun la moda del tiempo, unas medias rojas bien estiradas y terminan en unos zapatos de cabo cuadrado adornados igualmente de nudo de cinta encarnada. Sus manos delicadas medio desaparecen bajo los puños de encaje de Malinas. La frente de ese jóven està vivamente alumbrada por aquella luz interior que tiene su foco en el alma. Hay al mismo tiempo malicia y dulzura en sus grandes ojos pardos, en que centellea el espíritu, mucha gracia en la risa que á cada momento asoma à sus labios, y mucha distincion en las líneas puras de su semblante tranquilo y radiante. Ese jóven no es hijo de familia; pero es noble por parte de la madre y lleva en sus armas un cisne, emblema parlante de lo que es ya para sí y de lo que será un dia, y muy pronto, para la Francia, para la Europa, para el mundo. Tiene diez y siete años, y se llama Juan Racine. El viejo Corneille, el inmortal! Puede morir ya. Su laurel va á reverdecer

Juan Racine tiene en la mano un libro, una pequeña obra clásica escrita en la lengua del divino Platon. De tiempo en tienpo cierra el libro y mueve los labios como si repitiese de memoria lo que acababa de leer en voz baja. De repente un hombre de cosa de cincuenta años de edad, que

desemboca de una calle sombría, divisa á nuestro lector y se encamina á él con pasos de lobo. Mientras que marcha con aquella precaucion prudente y calculada del enemigo que quiere sorprender à su enemigo, tracemos velozmente su retrato. Es alto, seco, y lleva vestido pardo: su peluca está despeluzada y sus vestidos en desórden. Un voluminoso inquarto carga su brazo. Su figura huesosa, flaca y amarilla, arrugada por la ciencia y con los costurones de las vigilias, está templada sin embargo por una espresion de indulgente bondad.

Racine lo ha visto y ha vuelto á abrir su libro que parece devorar, sin perder por eso de vista ninguno de los movimientos de su preceptor. Una idea loca le pasa por el pensamiento, una palabra encantadora le viene á la boca. Se levanta como para huir, y el otro aprieta el paso para impedírselo; pero súbitamente se revuelve Racine y se va derecho al viejo, que es nada ménos que Claudio Lancelot, sacristan de Port-Royal, y uno de los mas sabios helenistas del gran siglo, é inclinándose respetuosamente le dice, al poner en sus manos *los amores de Theagènes y de Charicléa*:

—Querido maestro, podeis quemar tambien este como los otros.

—Sí?

—Sí, contestó el jóven poeta, ha quedado grabado aquí y aquì.